

## LA UTILIDAD DEL ARTE

César Aira

Cuando yo era chico, en Pringles, había dueños de autos que se jactaban, sin mentir, de haberlos desarmado "hasta la última tuerca", y haberlos vuelto a armar. Era una proeza bastante común, y, tal como eran los autos entonces, bastante necesaria para mantener una relación sana y confiable con el vehículo. En un viaje largo, había que levantar el capot varias veces, cada vez que el auto "se quedaba", para ver qué andaba mal. Antes, en las eras heroicas del automovilismo, al lado del piloto iba el "mecánico", que después se degradó a "copiloto". Y recuerdo que cuando las mujeres empezaron a conducir, uno de los argumentos fuertes en contra era que no entendían de mecánica: sólo podían aspirar a "usar" el auto.

En realidad, los *bricoleurs* de pueblo o de barrio no se limitaban a los autos; lo hacían con toda clase de máquinas: relojes, radios, bombas de agua, cajas fuertes. Hasta hace diez años mi suegro desarmaba periódicamente el lavarropas y lo volvía a armar, sólo para asegurarse; cuando compraron uno con programa automático, no pudo seguir haciéndolo. De más está decir que desde que los autos vienen con circuitos electrónicos, el famoso "hasta la última tuerca" perdió vigencia.

Hubo un momento, en este último medio siglo, en que la humanidad dejó de saber cómo funcionan las máquinas que usa. Lo saben, en forma parcial y fragmentaria, algunos ingenieros en los laboratorios de Investigación y Desarrollo de algunas grandes empresas, pero el ciudadano común, por hábil y entendido que sea, les perdió la pista hace mucho. Hoy día todos usamos los artefactos como usaban antaño las damas el automóvil: como "cajas negras" con un Input (apretar un botón) y un Output (se enciende el motor), en la más completa ignorancia de lo que sucede entre esos dos extremos. El del auto no es un ejemplo al azar, porque creo que fue la máquina de más complejidad hasta donde llegó el saber del ciudadano corriente. Hacia la década de 1950, antes del gran salto, cuando todavía se estaban desarmando autos y heladeras en el patio, circulaba una profusa bibliografía con patéticos intentos de seguirle el rastro al progreso. En las páginas de *Mecánica Popular* o la recordada *Hobby* se quemaban los últimos cartuchos con artículos sobre el funcionamiento de la propulsión a chorro o el televisor; pero los suscriptores se rendían, desalentados.

Hoy vivimos en un mundo de cajas negras. A nadie le escandaliza ignorar lo que sucede dentro del más simple de los aparatos de los que nos servimos para vivir. Sólo importa que funcione, como un pequeño milagro doméstico. ¿Quién sabe en realidad cómo funciona un teléfono? Yo tengo una teoría: cada vez que marcamos un número y nos contestan, es porque ha intervenido Dios y ha puesto en acción su omnipotencia para hacer suceder algo que en términos naturales no podría suceder. En el siglo XVII el filósofo francés Nicolás Malebranche construyó una curiosa teoría según la cual entre cada causa y efecto participaba Dios para efectuar la conexión. Desteologizando a ese "Dios", tenemos una buena explicación general del mundo contemporáneo.

El saber de los *bricoleurs* domésticos se ha desplazado al uso. El equivalente de aquellos ingeniosos "entendidos" que desarmaban autos son los jóvenes que lo saben todo sobre las computadoras. Salvo que estos jóvenes, aunque desarmen las computadoras (gesto atávico con un contenido ya puramente simbólico) lo saben todo sobre el uso, no sobre el funcionamiento. En todo caso, pueden jactarse de saber sobre el funcionamiento del uso, no sobre los resortes que hacen que la máquina funcione. Lo mismo puede decirse de los profesionales que reparan hornos a microondas o televisores.

Lo que ha pasado con las máquinas es apenas un indicio concreto de lo que ha pasado con todo. La sociedad entera se ha vuelto una caja negra. La complicación de la economía, los desplazamientos poblacionales, los flujos de información trazando caprichosas volutas en un mundo de estadísticas encontradas, han terminado produciendo una resignada ceguera cuya única moraleja es que nadie sabe "qué puede pasar"; nadie acierta con los pronósticos, o acierta por casualidad. Eso antes sólo había sucedido con el clima, pero a lo imprevisible del clima el hombre había respondido con la civilización. Ahora la civilización misma, dando toda la vuelta, se hizo impredecible.

Es como si se hubiera clausurado la posibilidad lógica de que haya alguien lúcido o inteligente. No tendría sobre qué emplear su clarividencia, porque ya no hay nada que desarmar y volver a armar. La ciencia sigue empeñada en ese trabajo, pero ahora la ciencia requiere un cuantioso financiamiento que va a una élite dócil al poder, en tanto admite cerrarse sobre sí misma y funcionar ella también, respecto del resto de la sociedad, como una caja negra. Creemos que apretando un botón podemos poner a nuestro servicio las partículas del átomo, o clonar vacas, y es probable que podamos hacerlo, pero eso no va a enseñarnos cómo se hace. Crece el abismo entre causas y efectos. Dios avanza. Que se estreche el campo de acción de la inteligencia no debería parecer tan grave, si podemos seguir siendo felices. Después de todo, lo que estaría en vías de desaparición no es más que un tipo de inteligencia, que será reemplazado por otro, quizás con ventaja. La inteligencia es un instrumento de adaptación, y mal podría servir para adaptarse a un mundo que ha dejado de existir.

No obstante, toda atrofia que nos disminuya, aun con la mejor excusa evolutiva, nos inquieta. Y quizás tenemos un motivo serio de preocupación. Si la humanidad hizo todo su camino sabiendo de qué se trataba, la promesa de felicidad que encierra la ignorancia resulta sospechosa. Primero, porque no se presenta a cara descubierta como ignorancia; al contrario, la sobreoferta de información intenta convencernos de que sabemos más que nunca. Más que como ignorancia, se presenta como una forma de dichosa impotencia eficaz. No sabemos cómo funciona la cámara de video. ¿Y qué? ¿No podemos usarla para registrar nuestros cumpleaños o vacaciones? ¿No podemos usarla para darle más sentido a nuestras vidas? Lo que se perdió en todo caso fue una ilusión de virilidad y autosuficiencia, tanto más ilusoria porque antes estábamos tan sojuzgados a los poderes como lo estamos ahora. La Revolución en última instancia era la idea de desarmar la sociedad "hasta la última tuerca" y volverla a armar, pero la idea de Revolución caducó, de lo que podemos consolarnos pensando que la sociedad vuelta a armar iba a ser tan injusta y alienante como la anterior. Después de todo, los *bricoleurs* domésticos cuando volvían a armar el auto obtenían el mismo auto del que habían partido, no un avión.

Pero ese conocimiento era algo más que circular. Quizás no tanto por el conocimiento en sí como por el tipo de inteligencia que ponía en acción. Y la inteligencia bien podría ser de esas cosas que no funcionan si no están completas. La mutilación de una rama podría secar todo el árbol; o, para emplear una metáfora menos orgánica, retirar un ladrillo puede producir el derrumbe de todo el edificio. Sea como sea, valdría la pena preservar, por si acaso, ese instrumento de la evolución. Podría ser útil en los países no desarrollados, porque hay que recordar que el mundo está lejos de alcanzar un desarrollo homogéneo. Pues bien, a esto iba: el arte sigue siendo el mejor campo de práctica y experimentación de la vieja inteligencia, la que se imponía el objetivo de saber cómo funcionaban las cosas, y cómo funcionaba el mundo.

Se objetará que esto equivale a darle entidad a la vieja metáfora derogatoria del arte como "arenero" (hoy deberíamos decir "pelotero"); pero se trata de un arenero pedagógico, no meramente hedónico. Y en realidad no tanto pedagógico como de práctica o entrenamiento, o más bien preservación. En efecto, la práctica del arte es la única con consenso social en la que pueda desarrollarse un saber que en todos los otros ámbitos está en acelerado proceso de extinción. Esto se debe a la radicalidad inherente del arte, que no se diferencia de las artesanías y la manufactura utilitaria sino en su capacidad (sin la cual no es arte) de desarmar por entero el lenguaje con el que opera y volverlo a armar según otras premisas. Si no retrocede hasta el punto de partida, no es arte, aunque lo parezca. Esto lo sabe todo artista de verdad, así sea intuitiva-mente, y lo hace cada vez que pone manos a la obra. Las vanguardias de todo tipo han explorado esta radicalidad más o menos sistemáticamente. Y esto explica por qué no hubo vanguardias antes de que se esbozara la era de las "cajas negras". Durante dos mil o tres mil años la humanidad pudo hacer arte auténtico limitándose a aprender el oficio de los que lo habían hecho antes. El arte estaba al mismo nivel de cualquier otra actividad, en tanto todas ponían en práctica un saber completo y sin saltos de sus cadenas causales. El artista no necesitaba postularse como detentador de una inteligencia sin zonas oscuras, porque ese tipo de inteligencia era el que usaban todos.

De las vanguardias, la que fue más lejos en esa dirección fue el Constructivismo ruso. Oponiéndose al concepto de "composición", propio del usuario de la práctica artística, el de "construcción" significaba que la obra de arte debía exhibir su proceso de factura desde cero, de modo que no sólo el artista sino también el espectador pudiera desarmar "hasta la última tuerca" la pieza y volverla a armar tal como la tenía ante los ojos. El Constructivismo no pudo sostenerse en el tiempo: habría necesitado una Revolución (y eso creían estar haciendo sus miembros). Pero sus premisas han persistido, mil veces transformadas, hasta hoy.

Y estas premisas dan el hilo conductor del sentido de la obra del artista más representativo del siglo, Duchamp. Es el concepto de base del llamado "arte conceptual": el concepto del arte mismo. La más famosa obra de Duchamp, la que encierra todas las otras que hizo, el Gran Vidrio, se propone como "máquina transparente", la máquina modelo de la que puede verse a simple vista cómo fue hecha, el antídoto definitivo a todas las "cajas negras" que proliferan en forma creciente a nuestro alrededor. Poéticamente, en lo que tomo como un homenaje a los *bricoleurs* domésticos de mi infancia, Duchamp dijo que el Gran Vidrio, la Casada Desnudada por sus Solteros, debía verse "como el capot de un auto".

Mi conclusión es que el arte, esa actividad que suele verse como decadente o en decadencia, hoy tiene una función. Y no es una función retrógrada o conservacionista, como podrían hacer pensar mis propias evocaciones juveniles. Porque las cajas negras entre las que vivimos no son tan negras en realidad. O admiten rodeos para pasar al otro lado de su oscuridad y ponerlas a funcionar a nuestro favor. El artista en nuestra sociedad es el único ciudadano corriente, no financiado por el poder, que trabaja con una materia sofisticada y actual que no es una caja negra, es decir que puede ser desarmada y reconstruida enteramente. Es el único que usa un tipo de inteligencia que se está atrofiando en el resto de la sociedad. Pero esta actividad actúa a su vez sobre las "cajas negras", les quita funcionalidad (y, por lo tanto, misterio) al mostrar cómo funcionan en la máquina social englobante.

Y no importa que los artistas sean fraudes. La conceptualización generalizada a la que apunta lo anterior parece incrementar la probabilidad de fraude, y lo hace realmente, pero no importa. Al contrario, cuanto más fraudulentos sean los artistas, más enérgica será la puesta en marcha de este mecanismo de radicalización.

En cuanto al uso de formatos artísticos que hace la cultura popular, por ejemplo en el cine o la música, hay que decir que cede miserablemente a la lógica de la caja negra: se aprieta un botón (es decir, se usa a ciegas un lenguaje artístico sin desarticularlo previamente) y se espera un resultado, que no es otro que el éxito o la venta. Y todos los que han buscado el éxito saben que por definición resulta de un proceso misterioso e imprevisible fuera de nuestra vista, dentro de la caja negra.